

nomía a través del aprendizaje. Ella vivirá para incubar a José Cemí. El suelo extraño devorará a Andresito, pero el ángel de la jiribilla, encarnado en Carlitos, tomará venganza raptando a la hija de Mr. Squabs quien, poseído por su propio *fatum*, enloquecerá.

La historia de los Cemí es diferente. Los choques entre José Eugenio, el hijo del Vasco y el «rústico tío Luis», hermano de su madre, sugieren algo ancestral que comunica al joven su fuerza y distinción: «tu padre era siempre el fuerte y tu madre, la delicada» (p. 186), se le dice. Ambas naturalezas, unidas en José Eugenio, producen un curioso contraste: un soldado platónico, educado, según se exigía en *La República*, en la música y en la gimnasia, una naturaleza fuerte y vital, segura de sí, pero infectada de inconscientes puntos oscuros: la potencialidad tanática que lo arrastrará muy joven a la muerte, al igual que a su madre, cubana «hija de descendientes de ingleses entroncados con cultivadores de la hoja del tabaco» (p. 187).

La miel de flor azul la mata, es decir, la aversión por lo oscuro y sólido, el ansia de la «luz líquida» plasmada en la miel transparente. Una vez más el pneuma ajeno se hace ver, en la hija de los cultivadores de tabaco, que en la hondonada del ingenio central se vuelve «catarrosa y debilitada», rasgo acorde con «las aletas de su nariz», pues ella «tenía la rapidez invisible de la respiración, parecía habitar esa contracción, ese punto que separa lo mineral grabado por la secularidad y el desprendimiento del nacimiento de lo que bulle para alcanzar la forma de su destino» (p. 187). En ese punto se quedará. José Eugenio nacerá para alcanzar un fugaz apogeo y morir en el abismo al que lo lanzará la fuerza ciega del Vasco, engastada en su organismo, que oculta puntos vulnerables heredados de la madre, por donde lo insular le socavará.

La isla rechaza al extraño, como hacen sus pobladores, según se observa en la vida en Jacksonville de los Olaya. Es autista y no permite nacimientos, escapes o entradas sin hacerles pagas, ley de justicia similar a la del *apeiron*. El Vasco morirá bajo el impulso de su propia fuerza desbocada, transformada en dolorosa soberbia autoaniquiladora al faltarle su mujer, devorada por la Gran Matriz que absorbe su naturaleza hipersensible. Como no puede absorber con facilidad al Vasco, lo priva de su *potens*, la esposa, y la energía, no contenida y moldeada por ella, se vuelve contra él. La suegra maldice sus actos, su influencia que pervive. El autismo insular ha consumido al extranjero fuerte, quien dejará su simiente en José Eugenio, el joven de cuello de toro. Una tarde encontrará a Alberto Olaya, «de criollos tobillos de antilope», quien se apodera del barrio con «una especie de memoria, tan ancestral como erótica, que lo amigaba al instante con sus circunstancias» (p. 191). José Eugenio vence por medio de la fuerza del Vasco, encauzada por su voluntad, rasgos extraños a la tierra donde guía la memoria ancestral.

Como Andresito, Alberto fuma sin cesar, crea una ensoñación de humo y respiración, una vida onírica que encaja perfectamente en el medio. José Eugenio no necesita segundas vidas, pero «reconoce» de modo inconsciente, algo impreso en su memoria genética: la gracia frágil de la madre, «fragmentos de ventura y misterio» disueltos en la luz que ciega a José Eugenio. Aquí viene al presagio del mal que lo corroerá hasta su descendencia, la respiración incompleta, muerte en vida, incapacidad de vida corporal plena: el asma de la anciana Mela, madre de don Andrés, enfermedad de ínsula de luces líquidas encarnada en la anciana separatista, veladora de la insularidad familiar. Las naranjas con crémor de Mela son la inocente imagen de la Parca insular. José Eugenio consumará un matrimonio que Mela no deseaba y morirá de influenza, ahogado. Por lo pronto, se le reconoce y respeta. Unos le temen y obedecen. Otros le rechazan. La fragilidad que atempera los excesos, uno de los rasgos del cubano, hace que Fibó se coloque en el primer grupo, como más tarde las tropas, ya militar: «Desde el primer día de clase —le decía Fibó a José Eugenio— me di cuenta de que tú eras hijo de español. No hacías ninguna maldad, no estabas muy asombrado, no parecías darte cuenta de las maldades que hacían los demás. Sin embargo, después de fijarnos en los pupitres, en lo que uno se fijaba era en ti. Tienes la base como una raíz» (p. 211). No agrade a Alberto tampoco porque éste es «un animal más fino, José Eugenio constituye una otredad; el otro, una mismidad elevada a su clímax. El Vasco lo siente en su momento, sabe que es una otredad y lo expresa: «me he quedado fuera del teatro y todo me parece que consiste en que alguien que esté en el teatro se aburra y entonces venga a hablar conmigo, no le queda más remedio que encaminar sus pasos a donde yo estoy». Y a continuación, resume en una frase a propósito del oso tibetano visto en un zoológico, la antinomia que viven en la isla las estirpes ajenas: «¿Cómo hacer que concurren al mismo punto la amistad visible y la enemistad invisible?» (p. 213).

Pero si habitualmente dicha antinomia se mantiene dentro de un relativo equilibrio, una insensible fluctuación puede romperlo más allá de lo evidente, hasta corroer. Esto ocurre con Mela y José Eugenio. Él visita con su abuela a los Olaya con motivo de un desagradable incidente. La anciana Mela, separatista feroz, comienza por agredirles al intuir la presencia española en la familia Cemí. A propósito del causante del disturbio dice: «A mí nunca me gustó. Esos criollos que tienen pinta de extranjeros son muy complicados. Su propia sangre los ofusca y los enreda» (p. 237).

La anciana es una de las matrices familiares, quizá la Gran Matriz, equiparada en todo caso por Cambita, la hija del Oidor, madre de Augusta. Y luchará por echar de sus predios al hijo del Vasco. El resto de la familia, con lo que Lezama denomina la «delicadeza criolla», lima las

asperezas. Rialta es el puente, la sonrisa materna rediviva, que moderaba la carcajada de Cemí el Vasco. Mela aparece como una vieja sibila, nonagenaria. En el cap. VI se comprende lo ancestral y terrible de su maldición, lo doble que puede llegar a ser la «cortesía criolla», que confunde y vence para atacar, según puede verse en el episodio de las armas ocultas en el gallinero (p. 242). Su asma es parte de la naturaleza insular: «La humedad de la noche o la del alba, los tironeados sobresaltos de la digestión, los vuelcos rápidos de la sangre en marcha, la sumergida voluptuosidad del septiembre lluvioso, el sofoco producido por las humaredas y las aglomeraciones, añadidos a la infinitud de peces matizados, murmuradores, desdeñosos, le despertaban primero un asombro, después una obturación como si entrelazase las dos manos en el pecho» (p. 243).

Ella intentará herir al hijo del Vasco, impedir por medio de la ofensa su entrada en la familia. En la comida a la cual se invita al joven pretendiente la anciana exige al hijo y a la futura novia entonar cantos tan independentistas como antiespañoles. Rialta le responde: «Usted evoca a las Amazonas que perseguían a los guerreros hasta hacerlos desfallecer» (p. 245). No sabe ella hasta qué punto se cumplirá esta profecía sobre el hombre amado, y la persecución se volverá contra la propia Rialta, quien concuerda perfectamente con aquellos a quienes van dirigidos los versos:

El que diga que prefiere al hispano  
al cubano libre que llaman mambí,  
es un pillo que no tiene patria  
y que con extranjeros merece vivir (p. 245)

José Eugenio le responde con respetuosa cortesía bajo la cual late la firmeza: no le teme y más que pedir impone la reconciliación. Mela escapa llena de rencor, de impotente cólera, y la niega. Su «No, no», parece anunciar: «Me vengaré». Pero por lo pronto, su honesta tenacidad procura a José Eugenio una buena posición. Rialta lo «prefiere». Las dos estirpes se unen. Rialta pagará «haber preferido al hispano», como pagará él el aceptado desafío. El hijo del Vasco morirá en plena juventud, en su *akmé*, respetado y querido, en Pensacola, en el país donde se vieron desterrados los Olaya. El frío lo hará jadear primero (p. 283), contraer la influenza, ahogarse poco a poco. Es bueno recordar aquí a Aristóteles:

las enfermedades que endurecen el pulmón, sea por tumores o por secreciones o por exceso de calor enfermizo, como en las fiebres, provocan una respiración frecuente porque el pulmón no puede henchirse y contraerse mucho. Al fin, cuando ya no pueden moverlo, dan el último suspiro y mueren<sup>7</sup>.

<sup>7</sup> Aristóteles: op. cit., 579a, 23-30, p. 358.

José Eugenio muere de la *enfermedad* en sí misma, la que corta el impulso de vida, el pneuma. La disnea lo consume. Se sigue el ritmo de la respiración de José Eugenio hasta que se hace un estertor. Lo ataca el mismo mal que padeció Mela, pero fulminante y mortal. Como anunciaba la copla, Rialta afronta la inmensa tragedia lejos de la familia, entre extranjeros, pero la jadeante respiración de Mela se ha transmitido también al único varón de la pareja. Quizá debido a la intuición de estas amenazas sobre el «culpable» y su descendencia, evita Alberto la boda con la hermana de su amigo, con la hija del Vasco.

Pero el daño comenzará a ser reparado desde el instante en que la fatalidad se cierne sobre José Eugenio, precisamente por el único capaz de hacerlo, Oppiano Licario. Él es una naturaleza evolutiva, el preludeo a la «teleología insular» que se desplegará por completo, con su ayuda, en José Cemí, el nieto del Vasco, el biznieto de Mela, maldito por su asma.

Licario ha vivido largo tiempo lejos de lo insular. Ha estudiado curiosas disciplinas, ligadas con la arqueología. Puede «excavar», realizar el *descenso ad inferos*. En el cap. XIV se comprobará que domina (¿por instinto?) el arte mnemotécnica, propia de alquimistas y esóteras. Es un sabio que hace poesía, que es conjuro mágico, mensaje recibido de lo oculto. Fue amigo de Alberto Olaya, lo cual lo liga desde el inicio al destino familiar. Aunque será en mucho un extraño en el ambiente insular; según muestran las frases de su madre en el cap. XIV, podrá servir de mistagogo a José Cemí y morir él mismo para renacer. Como Alberto, morirá sin hijos ni obra considerable, pero por saberlo, preparará mediante el reconocimiento de los misterios su propia transmutación, su condición de fénix, al igual que transformará, mediante el impulso definitivo, el jadeo agonizante de José Eugenio reflejado en el asma del hijo, en pneuma creador por medio de la redención alquímica contenida en el ritmo hesicástico. José Cemí no será absorbido, lo sostiene la fuerza del Vasco que late en su sangre, «adaptada» al medio por la mezcla con los Olaya. Pero Cemí deberá retornar sobre su historia prenatal, contársela de nuevo, y la madre, quien lo presiente, lo incitará a recuperar la historia de la familia.

La oposición agustiniana entre lo terrible y despiadado de la naturaleza y la chispa divina encerrada en el alma humana pervive en *Paradiso*. Según se cumple en Agustín y como María Zambrano analiza en *La confesión, género literario*, la propia historia constituye sólo un momento en la Historia de la Redención, que es la del cosmos. Que la Redención se interprete en términos de ortodoxia cristiana o de heterodoxia alquímica no se contradice para Lezama. La naturaleza caída requiere del Hálito vivificador, pero éste exige el concurso humano. Así será. Vencer la insularidad en su aspecto destructivo —el que muchos han visto reflejado en «Muerte de Narciso»— implica no ser más un destee-